

RESEÑA

Medina, Celso (2013). *El poeta y su epopeya ética*. Caracas: Fondo Editorial Fundarte.

Celso Medina en los tejidos de la ética

Ramón Ordaz

Universidad de Oriente
ramonordaz@gmail.com

A Celso Medina lo conocimos dando sus primeros pasos como poeta; varios libros suyos dan cuenta de ello. Ensayaba también, mientras estudiaba Letras en la Universidad de Oriente, entrevistas imaginarias, crónicas y artículos que publicaba en los diarios de Cumaná; otro ensayo que dejó a su paso fue la revista Cálice, tomado el nombre de Nila Cálice, ese personaje femenino de una de las más sorprendentes y maravillosas novelas de nuestro trópico insular, Cubagua, escrita por Enrique Bernardo Núñez. Pero Celso, que ha sido docente universitario, que se ha proveído de una Maestría en el Pedagógico de Maracay, que con tesón ha obtenido el grado de doctor en la Universidad de Salamanca, en las últimas dos décadas se ha impuesto el reto de ensayar, pero esta vez desde los contornos específicos de un género muy mal tratado en nuestro país, sobre todo en nuestras universidades, donde un profesorado ignorante, sujeto al imperio de metodologías obsoletas y al facilismo que otorga la cuadrícula monográfica, han impuesto, sin jamás haber escrito un ensayo, el modelo de la monografía como equivalente del género a sus alumnos. Desgraciadamente, ni ensaya el profesor ni ensayan los alumnos. Contra estos entuertos asume la escritura del ensayo Celso Medina. Porque esa es otra, difícilmente conseguiremos una cátedra sobre el ensayo en nuestras instituciones de educación universitaria. Celso debe haber digerido con propiedad esa primera cosmovisión del ensayo moderno que arranca con Michel de Montaigne, alguien que nació hace 480 años y en uno de sus momentos de lucidez dejó su impronta para una empresa escritural de la que ningún ensayista puede prescindir. Decía Montaigne en el introito a su obra lo siguiente: “Así, yo mismo soy el tema de mi libro, y no hay razón, lector, para que emplees tus ocios en materia tan frívola y vana”. Después de casi cinco siglos, el género que legitimó, -justo es resaltar que en la antigüedad hay antecedentes notables- permanece boyante y acreditado por relevantes firmas, sin dejar de desconocer que el ejercicio del ensayo en nuestro días ofrece variantes y particularidades propias de nuestro tiempo, sin que las premisas básicas que lo caracterizan se hayan difuminado. Cuando Montaigne establece el “yo mismo” nos está diciendo que escribe desde una subjetividad, desde la asunción plena y responsable de lo que dice como individuo. Ese acto consciente es, tal vez, el prolegómeno de la libertad que empezaba a distinguir al hombre moderno. Cuando califica de “frívola y vana” su obra recurre con cálculo y frialdad al sujeto irónico que está detrás de cada ensayista. Y es que el ensayo es un género proteico, versátil, de aparente sencillez y facilidad, y si, como dice Ortega y Gasset, “es la ciencia menos la prueba explícita”, ninguna duda cabe de que detrás de cada ensayo hay oculta una férrea erudición, un conocimiento más profundo que lo que llega digerible y prometedor al lector. Género de difícil iniciación y de no tempranos frutos es el ensayo. Ensayar sin un background de asimiladas lecturas, de experiencias acumuladas en ese oficio cada vez más difícil que es vivir, ya no los dejó dicho Cesare Pavese cuando, una vez concluido su diario *Oficio de vivir*, compró su boleto de no regreso al otro mundo. La muerte de Pavese fue también la pasión del ensayo, esa carga de responsabilidad que asumió durante su tránsito terrestre, porque ensayar es, *mutatis mutandis*, una entrega, un modo desde la esfera orteguiana donde la palabra también es circunstancia, en la que nuestro trato con ella implica su devolución a los hombres en los nuevos horizontes del mundo.

Celso Medina nos entrega hoy un nuevo libro de ensayos: *El poeta y su epopeya ética*; con anterioridad ha publicado *Sísifo entre nosotros* (1996), libro éste en el que están sus primeras indagaciones en el género y en el que el peso de la academia le recorta el paso al libre ejercicio que pone en juego en este campo. En *El poeta y su epopeya ética* se ha deslastrado un poco más del fichero académico y enfrenta con mayor riesgo su compromiso escriturario, es decir, da más fluidez a la responsabilidad de su palabra, hay mucho más conciencia de lo que, equivocado o no, es su papel como escritor. Dice también el insoslayable Montaigne que “La gloria y la curiosidad son los dos acicates de nuestra alma: la segunda nos lleva a meter la nariz en todo, y la primera nos veda dejar nada irresoluto o indeciso”. Militante del campo literario, en cuanto a la curiosidad, Medina hace lo propio dentro de sus límites: cualquier objeción es válida como es válida la suya. Respecto a la gloria, sospechosa abstracción a nuestra manera de ver, si algo tiene de interés es el constreñimiento a que la somete Montaigne. Aquí entra en escena la ética, palabra ajena al discurso de Montaigne, pero que está implícita. La gloria -la ética- nos veda, dice el gascón, dejar nada irresoluto, indeciso; lo que una simple derivación nos lleva a la responsabilidad, al compromiso del intelectual ante el mundo, a la voz interior de cada individuo que se materializa en la escritura, al ethos que tiene mayor intensidad y riesgo en el ensayista. No nos detendremos a ponderar la valoración de la ética presente en los ensayos de Celso Medina, nos conformamos con señalar esta ligera interpretación que extraemos de Montaigne para dar un breve paseo por el libro que reseñamos. Hemos hecho referencia a la ética y a su envoltura, a su tejido. Biológicamente todo cuerpo es un tejido, una red de nervios y músculos, más una piel que la singulariza. En el mismo

sentido, un ensayo es un tejido, un cruce de caminos imaginarios, de vasos comunicantes, de aspiraciones y respiraciones de un cuerpo virtual cuya trascendencia reposa exclusivamente en el ensayista, el que tiene en la vida una misión nada evangelizadora. “La tarea del ensayista -nos dice Fernando Savater- es eminentemente escéptica: el dogmático no ensaya”, y es aquí donde se pone a prueba el concepto de libertad, si se tiene la suficiente entereza para no dejarse amordazar ya por un partido, ya por intereses de grupo, ya por algunos de los poderes e instituciones sociales. Ahora que discurremos acerca del ensayo y sus pareceres, Celso Medina aborda en un ensayo el tema del ensayo, del que bien vale citar un fragmento para refrendar lo que líneas arriba hemos señalado: “La víctima más resaltante de esa homogeneización de la discursividad es el ensayo. Claro, él es la contraparte del texto monográfico; es, además, el texto por excelencia de la subjetividad, en la que la palabra tiene un altísimo componente de eticidad. El enunciador del ensayo es un ser que habla; el de la monografía, es un ser que enmudece detrás de los apriorismos y los metodologismos que le procura el conocimiento disciplinar”. Destacamos este deslinde porque aquí el autor de *El poeta y su epopeya ética* plasma el propósito de su libro y advierte al lector cuáles son las vertientes de los ensayos que incluye, unidos por algo que siempre está en suspensión en la condición humana como es la ética, ese espacio de la libertad donde unos se dignifican, mientras otros se sepultan. “Ético es el paso del poeta por el mundo” repite Celso Medina haciendo coro a estas palabras de Víctor Valera Mora. Diálogos interesantes, polémicos, contradictorios alrededor de la poesía, el poeta, el poema conseguimos en este nuevo libro de Celso Medina con la ética como interlocutora. Estemos o no de acuerdo con sus planteamientos, son, a fin de cuentas, las perspectivas del ensayista que no expende verdades ni conclusiones, pero sí vierte ideas para la discusión, para cercarnos por otros atajos a los mismos enfoques y al mismo lugar desde donde hace su enunciación nuestro autor. Así tenemos: “El poema y su escritura”, “Sobre el amor y la poesía”, “¿Es posible enseñar la literatura?”, “La contra épica de T. S. Eliot”, “Azul... y la ética modernista”, “De Ecuatorial a Altazor”, “Neruda y el Apocalipsis sin Dios”, “Ana Enriqueta Terán y la plenitud del vacío” son algunos de los temas que nos propone el poeta y ensayista Celso Medina. Llama la atención y es bueno destacarlo, que el ensayo sobre el heteróclito libro Azul y Rubén Darío es una reescritura de un ensayo anterior publicado en Sísifo entre nosotros, lo que nos refiere el trabajo del escritor que distingue a Celso Medina. Los ensayos “La poesía, ese duro oficio de vivir”, “La ética de Sherezada”, “El poema y su escritura” “La culpa si es de la vaca: a propósito de los textos de autoayuda”, “Ana Enriqueta Terán y la plenitud del vacío” y el que dedica a la antología Río de sombra, del poeta español Antonio Colinas, son, tal vez, los más ajustados y ceñidos a su propósito de ensayar. Al parecer, la ética está detrás de toda preocupación en la escritura de Celso Medina. En algún momento de 2007 escribió para El Nacional un artículo que tituló “Socialismo ético”, en el que señala lo siguiente: “Saberse propenso a la caída, nos hace pensar no con el cerebro sino con el hombro, para ponerlo al otro para que no caiga. Así, pues, la sociedad a la que aspiramos es aquella donde los espacios se comparten, no como entregas sino como diálogos”. Esta última palabra, diálogo, es la utopía de nuestro tiempo; darle concreción en nuestro entornos políticos, sobre todo, más que una tarea de titanes es de dioses y nada más lejos de nosotros que un olimpo. Me detengo aquí, interrogo por tanta divagación, pero bastante sabe Celso que es esa una de las pulsiones que confiere vigor al ensayo, esa ligera distracción, ese extraviarse por las tantas fisuras del lenguaje, sin jamás perder el centro. He dicho.